

Editorial

“Fue y proclamó en toda la ciudad lo que Jesús había hecho por él” (Lc 8:39)

Evangelizar el ámbito social significa (...) promover una sociedad a medida del hombre en cuanto es a medida de Cristo: es construir una ciudad del hombre más humana porque es más conforme al Reino de Dios (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 63)

1.- La ciudad como lugar del apostolado social “en Cristo”

Con el corazón se cree para alcanzar la justicia y con la boca se confiesa para obtener la salvación (*Rm 10:10*)

El Decreto *Apostolicam Actuositatem* del Concilio Vaticano II, señala como misión propia del laico, lo que llama “el apostolado en el medio social” (cf. n° 13). Con él se relaciona directamente *Filópolis en Cristo*, concebida como un instrumento para difundir la dimensión comunitaria del Evangelio en la ciudad de los hombres.

Se trata del impulso evangelizador que deben desplegar los seglares en las estructuras económicas, jurídicas, políticas y culturales, a las que deben llevar el anuncio de Cristo, y en las que a través de su palabra, sus acciones y sus gestos, procuran la refracción social del *Kerygma*: “El permanecer firmes y estables en la fe, no consiste solamente en la creencia interior de las verdades cristianas, sino que a la vez, cuando el honor de Dios o el bien de nuestros prójimos lo reclaman debemos confesarla exteriormente” (Esquiú, 2022, tomo II, p. 102). Enseña el magisterio:

No corresponde a los pastores de la Iglesia intervenir directamente en la actividad política y en la organización de la vida social. Esta tarea forma parte de la vocación de los fieles laicos, que actúan por su propia iniciativa con sus conciudadanos. (*Catecismo de la Iglesia Católica* n° 2442)

Por amor a Jesús el cristiano ama la ciudad y su gente, *Filópolis en Cristo*, y despliega su apostolado social en cada uno de sus recintos: *Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por Él a Dios Padre* (Col 3:17). La expresión “en Cristo”, implica mucho más que decir “junto a”, “en dirección a”, o “seguir a”. La locución “en Cristo” significa que nuestra propia vida ha sido introducida, injertada en Su Vida, y que su Misterio luminoso nos ha inundado con Su Gracia. Pero a ese inicio, a ese punto de partida, debe seguirlo un itinerario constante y sostenido en el que parafraseando a Juan, el Bautista (cf. Jn 3:30), debemos asumir existencialmente que *es preciso que yo disminuya y que Cristo crezca en mí*. En mi inteligencia, en mi voluntad, en mis afectos, para así, cristianizado, testimoniarlo en mi familia, entre mis amigos y conocidos, entre mis vecinos, entre mis compañeros de trabajo, mis jefes y subalternos y en todas mis relaciones sociales cotidianas en la ciudad, sabiendo que *Aquel que comenzó en ustedes la buena obra la irá completando hasta el día de Cristo Jesús* (Flp 1:6).

Al impregnar sus acciones de fe viva, el cristiano realiza todas las cosas *en Cristo*: si posee amigos, son sus amigos *en Cristo*, si trabaja, trabaja *en Cristo*, si pasea, si come, si está alegre lo hace todo *en Cristo*. Es decir que por fe viva, amor, plegaria y gracia, pone a Cristo en todo. Está enfermo *en Cristo*, triste *en Cristo*, es bueno y abnegado *en Cristo*, casto, paciente y mortificado *en Cristo*. Y así todas las cosas (...) de suerte que todo sea recapitulado *en Cristo*, hasta que habiéndole sido sometidas todas las cosas, el Hijo rinda homenaje a Aquel que se las ha sometido a fin de que Dios lo sea todo en todos. (Congar, 1965, p. 31)¹

¹ En el Retiro espiritual que predicara al Santo Padre San Pablo VI y la Curia Romana, en la Cuaresma de 1976, decía Karol Wojtyła: “La categoría fundamental de

Debemos fundar “en Cristo” no solo nuestra vida interior, nuestro hogar, nuestra profesión, sino también la vida pública, los diversos estamentos sociales, las normas jurídicas y las instituciones del Estado: “Hablaré de tus enseñanzas delante de los reyes y no me avergonzaré” (Sal 119:46). Así lo proclama Esquiú, cuando predicaba apoyado en la enseñanza cristocéntrica de Pablo (*Todo subsiste en Él* -Col 1:17-):

Debo decir y repetir siempre esta sola palabra del apóstol de las naciones: ‘*omnia in ipso constant*’: todo lo que es estable, todo bien, toda verdad, la justicia, el derecho, el deber, el orden, la vida, todo subsiste en Jesucristo. ‘*Omnia in ipso constant*’. ¿Tratáis de la Constitución de este pueblo? Pues su fundamento es Jesucristo (...) La civilización, la única verdadera civilización viene de Jesucristo; y los grandes principios de esa civilización deben ser el alma de vuestra carta constitucional; he ahí pues que el Verbo de Dios es el fundamento de vuestra obra: ‘*omnia in ipso constant*’. Si hay justicia, si hay verdad, si se quieren establecer sobre buen fundamento los derechos del hombre y dar base a la paz y prosperidad del pueblo, comenzad vuestra carta por el reconocimiento y adoración del Verbo de Dios. (Esquiú, 2022, tomo I, pp. 98 y 102)²

2.- Debemos “levantarnos y entrar en la ciudad”

Parte ahora mismo para Nínive, la gran ciudad, y anúnciale el mensaje que Yo te indicaré (Jonás 3:2)

Decíamos en la “Presentación” de *Filópolis en Cristo* (cf. el n° 1 de la revista), que el lema que la inspira está tomado de aquel pasa-

nuestros ejercicios espirituales: la categoría ‘en Cristo’ (cf., por ejemplo, Rom 6:23). ‘En Cristo’, en el misterio del Verbo Encarnado: el misterio del hombre se explica en el misterio de Cristo, que poseía la plena dimensión histórica de los hechos, de los acontecimientos, de las obras, de las palabras y de los testimonios. En Cristo, contemplado dentro de esta perspectiva, se concentran y consolidan todos los problemas esenciales del hombre” (Wojtyła, 1979, p. 150).

² Estas palabras forman parte del Sermón pronunciado por el Beato Fray Mamerto Esquiú en la Iglesia Matriz de Catamarca, el 25 de octubre de 1875, con motivo de la reforma de la Constitución provincial.

je bíblico en el que luego de su Conversión, Pablo recibe el mandato de Jesús que se hace eco a lo largo del tiempo en cada fiel cristiano: “Ahora levántate y entra en la ciudad” (Hch 9:6).

Sin embargo, somos conscientes que por nuestras propias fuerzas no podemos ni levantarnos ni entrar en la ciudad. Porque somos paralíticos para movernos y ciegos para ver cómo y por dónde hacerlo. No podemos mirar ni caminar. Necesitamos que Cristo nos cure de nuestra ceguera y de nuestra parálisis. Sólo Él puede hacerlo, y lo hace integralmente, en cuerpo y alma, restaurando también la dimensión social de nuestras vidas:

El ministerio de Jesús ofrece muchos ejemplos de sanación. Cuando sana (...) en realidad sana no solo un mal físico, sino toda la persona. De tal manera la lleva también a la comunidad, sanada; la libera de su aislamiento porque la ha sanado. (Francisco, 2023, p. 10)

El hombre que Lo conoce y deja a Jesús entrar en su existencia, es sanado por Cristo, puede levantarse de su postración y ver el camino para entrar a la ciudad con Él, en Él y por Él. Lo comprobamos en distintos pasajes de las Escrituras. Ser sanado por Cristo es la experiencia que vive el paralítico que es curado por Jesús, deja atrás su postración, puede incorporarse y andar: “Levántate, toma tu camilla y camina” (Jn 5:8). También sucede con el ciego Bartimeo, que por su enfermedad siempre “estaba sentado junto al camino” (Mc 10:46), sin poder transitarlo, y que luego del diálogo con Jesús, “enseguida comenzó a ver”: recuperada la visión física y espiritual gracias a Cristo, “lo siguió por el camino” (Mc 10:52).

El poder salvífico del Señor no se derrama sólo en la cura de enfermedades corporales, psicológicas o espirituales, incluso se hace presente ante la muerte, como acontece con el hijo único de la viuda de la ciudad de Naím: *Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad*, Cristo se cruza con una gran multitud que se dirigía a enterrarlo. Al ver a la madre del joven, “Jesús se conmovió y le dijo: ‘No llores’. Después se acercó y tocó el féretro. Entonces, dijo: ‘Joven, Yo te lo ordeno, levántate’. El muerto se incorporó y empezó a hablar (...) El rumor de lo

que Jesús acababa de hacer se difundió por toda la ciudad y en toda la región vecina (Lc 7:11-17). Sucede lo mismo con su amigo, al que busca en el sepulcro: Jesús gritó con voz fuerte: ¡Lázaro, ven afuera! El muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y el rostro envuelto en un sudario”. Entonces *Jesús les dijo*: ‘Desátenlo para que pueda caminar’ (Jn 11:43-45).

Curados por Cristo, estamos convocados a “levantarnos” y “entrar en la ciudad”. Si decididos a hacerlo imploramos en la plegaria: *Enseñame Señor tu Camino, para que yo viva según tu Verdad* (Sal 86:11), y le preguntamos: ¿Qué debo hacer, Señor? (Hch 22:10), como siempre, Cristo nos señala el horizonte. En primer lugar con su propio ejemplo: *Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas y proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias* (Mt 9:35).

Pero Jesús no siempre es bien recibido. En muchas ocasiones es rechazado. En efecto, hay quienes salen de su letargo para “levantarse y entrar en la ciudad”, pero no lo hacen para anunciar a Cristo, sino para expulsarlo de ella, para impedirle que derrame su gracia entre los hombres, las familias, los grupos sociales y la sociedad política. Sucede desde el inicio de su Anuncio público del Evangelio, cuando visita la ciudad de Nazaret *donde se había criado* (Lc 4:16), y con la que Él mismo se identifica: *Yo soy Jesús de Nazaret* (Hch 22:8). Luego de escuchar Su Palabra y la proclamación mesiánica en la sinagoga, atribuyendo a su Persona los textos proféticos de Isaías (cf. Is 61:1-2), los oyentes, sus con-ciudadanos, se molestan e indignan y *levantándose, lo empujaron fuera de la ciudad*, a un lugar alto de la colina donde estaba emplazado el poblado, *con intención de despeñarlo* (Lc 4:29). Querían matarlo por su predicación. Así comienza a resonar al comienzo de su vida pública el grito impío profetizado por el salmista y que irá *in crescendo* a lo largo de sus tres años de testimonio e, incluso, luego de su Ascensión hasta su Segunda Venida, en la Parusía: ¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos hacen vanos proyectos? Los reyes de la tierra se sublevan y los príncipes conspiran contra el Señor y su Ungido: ‘Rompamos sus ataduras, librémonos de su yugo’ (Sal 2:1-3). Lucas lo sintetiza magistralmente en un sólo versículo: *No queremos que Éste sea nuestro Rey* (Lc 19:14).

Sin embargo, a pesar de sus intentos no logran detener al Señor y con majestad, *Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino* (Lc 4:30). Nada, ni nadie, obstaculizan a Cristo en el cumplimiento de su misión de evangelizar y anunciarse como el Mesías. Por ello, el relato sigue diciendo que, inmediatamente, *Jesús bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea*. No para esconderse ni para huir sino para continuar con valentía su tarea, pues allí *enseñaba los sábados*. Imperturbable sigue evangelizando y lo hace de un modo tal *que todos estaban asombrados de su enseñanza*. Y ese asombro ocurría *porque hablaba con autoridad* (Lc 4:31).

En otra ocasión, ahora al final de su vida pública, Jesús también va a ser rechazado. Sucede cuando entra a Jerusalén, *la ciudad del Gran Rey* (cf. Mt 5:35), el centro religioso y político de Israel, con el cual lo une un vínculo especial, pues allí estaba el Templo, la Casa de su Padre³. Leemos en el Evangelio de Lucas: *Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: '¡Si tú también hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos* (Lc 19:41-42). Jesús derrama sus lágrimas porque Jerusalén *no ha sabido reconocer el tiempo en que fue visitada por Dios* (Lc 19:44). La Ciudad de David no reconoció al Mesías, no aceptó su mensaje y entonces, con dolor, Cristo contempla proféticamente su destrucción, que sucederá décadas luego, en el año 70, por mano de los ejércitos romanos comandados por el General Tito, hijo del entonces Emperador, Vespasiano, y luego él también Emperador: *Vendrán días desastrosos para ti, en que tus enemigos te cercarán con empalizadas, te sitiarán y te atacarán por todas partes. Te arrasarán junto con tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra* (Lc 19:43-44).

Más doloroso aún para Jesús, lo que nos obliga a estar atentos para no sucumbir a esa tentación frecuente, son los casos de quienes

³ Dice Hahn: “El hijo de María y de José era el Hijo de David, el gran rey sacerdote. En consecuencia, Jerusalén le pertenecía por derecho de nacimiento. Como capital de David, las murallas de Jerusalén encerraban la ciudad del Gran Rey (Monte Sión), así como el Monte del Templo. Jerusalén era el lugar de la ley de David y el lugar de sus ritos. Era el hogar privilegiado del monarca pero, sobre todo, era el santuario de la presencia de Dios en la tierra. Por todas estas razones, Jerusalén aparece como un lugar destacado en todos los Evangelios” (2014, pp. 136-137).

Lo han conocido y acogido, pero que en sus vidas no Le son fieles sino traidores, incluso simulando exteriormente ser sus seguidores y discípulos: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Lc 22:48). ¿Seremos nosotros otros “judas”? ¿Después de haber sido bendecidos por sus dones, podremos darle la espalda? Lamentablemente, eso es posible. Nuestra propia experiencia personal y la experiencia histórica de la Iglesia (de la que somos parte y de cuya presencia social tenemos responsabilidad), así lo demuestra. En muchas ocasiones no confesamos a Cristo. Por miedo, por ignorancia culpable, por conveniencia. Lo ocultamos, lo negamos, lo usamos, lo manipulamos, lo hacemos cómplice de nuestros pecados, de nuestras mentiras, o de nuestros acomodos al espíritu del mundo. Cuando sucede esto no somos cristianos, sino mundanos. En lugar de cristianizar el mundo, somos agentes de la mundanización del cristianismo: *Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres* (Mt 5:13).

Para no traicionar a Jesús, recordemos lo primero: la importancia de estar unidos a Él por medio de la oración, que es como la respiración del alma. Cristo nos da el ejemplo, pues rezaba siempre e incesantemente al Padre. En Getsemaní, *después de orar se levantó, fue hacia donde estaban sus discípulos y los encontró adormecidos por la tristeza. Jesús les dijo: ‘¿Por qué están durmiendo? Levántense y oren para no caer en la tentación’* (Lc 22:45-46). Si no estamos unidos a Cristo por la plegaria viviremos espiritualmente vacíos y desatentos a las sorpresas cotidianas que Dios nos depara cada día para que co-operemos con su Obra. Y no podremos “levantarnos y entrar en la ciudad” para testimoniar cristianamente el Evangelio: *La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos* (Jn 15:8).

A diferencia de lo sucedido en aquellas ciudades que lo rechazaron, existen lugares donde Cristo es recibido amistosamente y puede derramar su gracia salvadora. Uno de los casos más significativos (cf. Lc 19:1-10), acontece cuando *Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos* (Lc 19:1-2). Cristo ingresa en la ciudad para anunciar

el Evangelio y se dirige hacia donde se encontraba Zaqueo, en quien el Espíritu Santo había suscitado el anhelo de *conocer quién es Jesús* (Lc 19:3), y que por ello y debido a su escasa estatura había subido a un árbol, un sicómoro, para verlo mejor cuando pasara. Ante su favorable disposición interior, Cristo remueve su orgullo y le dice: *Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa* (Lc 19:5). O sea, “deja de lado tu egoísmo, desciende de tu soberbia que te ha sumido en el pecado y escucha mi Palabra, porque Yo deseo entrar en tu vida y en tu hogar y transformarlos”. Impactado por la irrupción deslumbrante de la Presencia de Cristo en su existencia y ante estas palabras de la Palabra, Zaqueo *bajó rápidamente y lo recibió con alegría* (Lc 19:6). Zaqueo se ha convertido y su conversión no se reduce al fuero íntimo de su conciencia, sino que refracta en su familia y se expande hacia su vida social en la ciudad. Entonces, *dijo resueltamente al Señor: ‘Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más’* (Lc 19:8). Jesús exclama: *Hoy ha llegado la salvación a esta casa* (Lc 19:9).

Este pasaje es paradigmático para el apostolado social “en Cristo”. El Encuentro con Jesús transforma interior y socialmente a Zaqueo, pero acontece lo mismo con cualquier hombre que se convierte porque *el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente* (2 Cor 5:17. Sobre la tensión entre “el hombre viejo”, ajeno a Cristo, y “el hombre nuevo”, que “vive en Cristo”, cf. Ef 4:22-24 y Col 3:9-10). La conversión no opera sólo en su intimidad o en su espiritualidad personal, sino que se desborda y expresa en todas sus relaciones comunitarias: Unidos al Señor es posible llegar *al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo* (Ef 4:13).

Un hecho que debe también hacernos reflexionar es la reacción negativa de los que estaban presentes durante la escena con Zaqueo, pues al ver que Jesús se acerca a él e ingresa a su casa, todos murmuraban, diciendo: “Se ha ido a alojar en casa de un pecador” (Lc 19:7). Nos ha de pasar muchas veces emitir juicios de tal naturaleza o ser víctimas de ellos, pero no debemos atender a esa hipocresía, y seguir a Jesús, nuestro modelo, que al concluir el relato, nos enseña: *El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido* (Lc 19:10). Dice Cristo:

No son los que me dicen: ‘Señor, Señor’, los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino los que cumplen la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Muchos me dirán en Aquel Día: ‘Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu Nombre? ¿No expulsamos a los demonios e hicimos muchos milagros en tu Nombre? Entonces Yo les manifestaré: ‘Jamás los conocí; apártense de Mí, ustedes, los que hacen el mal’ (Mt 7:21-23)

Si convertidos al Señor nos decidimos, con la ayuda de la gracia, a hacer fructificar nuestro bautismo, a levantarnos y entrar en la ciudad, podemos seguir el ejemplo de los primeros cristianos que “todos los días, tanto en el Templo como en las casas, no cesaban de enseñar y anunciar la Buena Noticia de Cristo Jesús” (Hch 5:42). Nuestras familias y los lugares de culto de las comunidades eclesiales, son el primer ámbito en que debemos vivir y dar testimonio del Evangelio. Pero junto a esos espacios privados, debemos también anunciar a Cristo en los espacios públicos de la ciudad: “*Serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra*” (Hch 1:8). Es lo que hizo el Apóstol Felipe, cuando *el Ángel del Señor* le dijo: ‘*Levántate y ve hacia el sur, por el camino que baja de Jerusalén a Gaza: es un camino desierto*’. *Él se levantó y partió*. Cumpliendo esa misión, se encontró con *un eunuco etíope, ministro del tesoro y alto funcionario de Candace, la Reina de Etiopía*, que sin poder entender leía las Escrituras y le predicó la Buena Noticia de Jesús y lo bautizó. Entonces, el etíope continuó *gozoso su camino* en tanto Felipe siguió el suyo *y en todas las ciudades por donde pasaba iba anunciando la Buena Noticia* (Hch 8:26-40).

Jesús nos exhorta a entrar a las ciudades pero no para divagar o perder el tiempo, puesto que “no es con la claudicación, el silencio o la deformación de la verdad como se transformará al mundo, sino con la predicación de LA PALABRA” (Palumbo, 1982, p. 23). Se trata de ingresar a ellas para instaurar las ciudades “en Cristo”, tarea que corresponde primordialmente a los seculares. Enseña el magisterio: “Es una tarea propia del fiel laico anunciar el Evangelio con el testimonio de una vida ejemplar, enraizada en Cristo y vivida en las realidades temporales” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 543).

3.- Las implicancias sociales de la Fe: caminar y edificar “en Cristo”

Erraban por el desierto, en la soledad; sin hallar camino, a una ciudad donde morar. Sufrían hambre y sed; su alma desfallecía en ellos. Y clamaron al Señor en su angustia, y Él los sacó de sus tribulaciones. Y los condujo por un camino recto, para que llegasen a una ciudad donde habitar (*Sal 107:4-7*).

La Iglesia, mediante su impulso evangelizador, del que su Doctrina Social es uno de sus instrumentos (cf. *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 66), anuncia a Cristo Rey en la historia y así “extiende el cetro de su realeza” (*Sal 110:2*). Su apostolado sale al encuentro de todo ser humano para ofrecerle el tesoro del que Ella participa, para que cada hombre y cada pueblo conozca a Jesús, *luz de las naciones* (*Lc 2:32*). La humanidad sin Dios se encuentra desorientada, y transita sin rumbo ni horizonte, necesita un Salvador: *Las tinieblas cubren la tierra y una densa oscuridad a las naciones, pero sobre ti brillará el Señor y su gloria aparecerá sobre ti. Las naciones caminarán a tu luz y los reyes, al esplendor de tu aurora* (*Is 60:2-3*).

Profundizar en la comprensión de la Fe no sólo da solidez interior a las convicciones personales del creyente, ni tampoco reduce sus efectos bienhechores al ámbito de la vida intra-ecclesial, sino que proyecta su influjo sobre las realidades que conforman el orden temporal. Esto sucede cuando luego de levantarnos entramos en la ciudad para dar testimonio de Cristo.

El Papa Francisco indica el nexo que existe entre la Fe y la ciudad, usando dos verbos: *caminar* y *edificar*. Con el primero, enseña que la Fe, esto es la adhesión del hombre a las verdades reveladas, le permite conocer la vía que lo conduce a su felicidad plena, que es Dios. Vía que no es otra que Jesucristo, que conocido y vivido, nos posibilita “caminar” con Él rumbo a la Patria definitiva: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por Mí* (*Jn 14:6*). Y con la segunda expresión, “edificar”, esto es, “construir”, el Santo Padre señala otra dimensión inherente a la Fe, que encuentra también en Jesús,

su fundamento: *La piedra angular es el mismo Cristo* (Ef 2:20). En efecto, *Cristo es la piedra que ustedes, los constructores, han rechazado, y ha llegado a ser la piedra angular. Porque no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación* (Hch 4:11-12. Cf. Mt 21:42; Sal 118: 22-23; 1 Pe 2:7).

Podemos caminar en la ciudad, transitar por cada una de sus veredas, calles, avenidas y autopistas, que son nuestras familias, nuestras amistades y comunidades, y de ese modo edificarla en el Señor. Ello es posible porque conocemos el origen (la Fe) el sostén (la Esperanza) y el fin (la Caridad): “En su Hijo, Jesucristo, hecho hombre, Dios nos ha liberado del pecado y nos ha indicado el camino que debemos recorrer y la meta hacia la cual dirigirse” (*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, n° 17). Sólo “en” Cristo, siguiendo sus huellas, el hombre puede caminar plenamente. Otras vías no son verdaderamente caminos, sino meros senderos que si no se orientan a Cristo, no conducen a ningún lugar y, que en su conjunto, alejados de Jesús, son más bien un laberinto sin salida:

Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad. Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios con nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. (Benedicto XVI, 2007, *Discurso Inaugural en Aparecida*, n° 3)

Pero la Fe no sólo nos permite e invita a “caminar”, sino también a “edificar”, es decir a construir. Porque si bien el camino nos lleva al cielo, en el transitar por él nos situamos en un aquí y ahora que tiene un significado en el plan de Dios, y que cada hombre debe descubrir y recorrer. La mirada puesta en los cielos no cierra nuestros ojos a la realidad creada en la que estamos insertos y adonde estamos situados por designio de Dios:

Cada uno de nosotros tenemos nuestra razón de ser en realizar una perfección humana particular, que sumándose con otra tiene que formar una plenitud humana total. Entonces, si yo no realizo el caso de perfección humana confiada a mí, es como una nota

de un concierto que no sonara; y me defrauda a mí, defrauda a la sociedad, defrauda al universo y defrauda a Dios. (Petit de Murat, 2021, p. 53)⁴

Es en nuestra circunstancia personal en la que debemos edificar una morada transitoria, es verdad, pero orientada a Dios por medio de Jesús. Sólo así lograremos “que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en el Señor y se ordene a Él, no sea que trabajen en vano quienes la edifican” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n° 46). La Fe en Jesús nos permite organizar una convivencia comunitaria que plenifica a los hombres, puesto que nos impulsa, luego de “levantarnos” y de “entrar en la ciudad”, a “caminar” por ella y a “edificarla” en Cristo. Enseña el Santo Padre:

La Fe no sólo se presenta como un camino, sino también como una edificación, como la preparación de un lugar en el que el hombre pueda convivir con los demás (...) La solidez de la Fe se atribuye también a la ciudad que Dios está preparando para el hombre. La Fe revela hasta qué punto pueden ser sólidos los vínculos humanos cuando Dios se hace presente en medio de ellos. No se trata sólo de una solidez interior, una convicción firme del creyente; la Fe ilumina también las relaciones humanas, porque nace del amor y sigue la dinámica del amor de Dios. El Dios digno de Fe construye para los hombres una ciudad fiable. (Francisco, *Lumen Fidei*, n° 50)

4.- Construir “en Cristo” la ciudad de este tiempo no-cristiano

¡Cómo se ha prostituido la ciudad fiel! Estaba llena de equidad, la justicia moraba en ella, ¡y ahora no hay más que asesinos! Tu plata se ha vuelto escoria, se ha

⁴ Y sigue: “Únicamente realizando yo, de manera esforzada y heroica, mi caso de perfección, sin perder un día, puedo solucionarlo todo, porque inmediatamente ese bien se va irradiando de manera positiva y por estímulo y por bienes obtenidos, y por mil cosas, yo voy elevando el nivel de la sociedad y entonces vendrá la solución de los problemas sociales, cuando haya hombres y cuando haya mujeres” (Petit de Murat, 2021, p. 54).

aguado su mejor vino. Tus príncipes son rebeldes y cómplices de ladrones; todos aman el soborno y corren detrás de los regalos; no hacen justicia al huérfano, ni llega hasta ellos la causa de la viuda (*Is 1:21-23*)

Leemos en la Constitución pastoral del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual:

La Buena Nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo -cf. Ef 1, 10- (*Gaudium et Spes*, n° 58)

No empezamos con las manos vacías el apostolado que desplegamos en el medio social, con la intención de edificar “en Cristo” nuestra ciudad. Vivimos en sociedades que han conocido a Jesús y en las que aún hoy, luego de siglos de secularización, es posible ver huellas, testimonios y vestigios de su Presencia: en sus nombres, en sus fiestas, en su arquitectura, en sus costumbres, en sus lenguas, en sus leyes y estructuras sociales, económicas, jurídicas y políticas: “Cristo es el principio que explica el proceso de la sociedad occidental y por ende, la clave que nos permite comprender tanto su desarrollo histórico como el espíritu de sus instituciones” (Calderón Bouchet, 1998, p. 331).

Sin embargo, la prudencia apostólica que debemos cultivar, nos dice que no vivimos actualmente en tiempos cristianos:

Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas. (Benedicto XVI, *Porta Fidei*, n° 2)

En efecto, la descristianización se proyecta en la conformación de los grupos sociales y comunidades políticas y nos permite observar

que actualmente “nos encontramos en la primera civilización de la historia que globalmente trata de organizar una sociedad humana sin la presencia de Dios, concentrándose en enormes ciudades que se mantienen horizontales, aunque tengan rascacielos vertiginosos. Viene a la mente el pasaje de la ciudad de Babel y de su torre -cfr Gen 11:1-9-. En él se narra un proyecto social que prevé sacrificar toda individualidad a la eficiencia de la colectividad” (Francisco, Catequesis del 29/11/23). Frente a una sociedad que intenta edificarse de espaldas al Evangelio, la Iglesia no cesa en su afán de evangelizarla para que pueda vivir “en Cristo”. Enseña el magisterio:

No, Venerables Hermanos -preciso es recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual en que todos sientan plaza de doctores y legisladores-, no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó; no se edificará la ciudad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventarse ni la ‘ciudad’ nueva por edificarse en las nubes. Ha existido y existe; es la civilización cristiana, es la ‘ciudad’ católica. No se trata más que de establecerla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques, siempre renovados, de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad: *Omnia instaurare in Christo* -Ef 1:10- (San Pío X, *Notre Charge Apostolique*, n° 11)

El tiempo histórico en que los cristianos contemporáneos son llamados a dar testimonio en la ciudad, se caracteriza por la indiferencia o el rechazo de Jesús, creando no sólo instituciones sino también un “clima” enrarecido que afecta de algún modo a todo creyente. Con todo, es aquí y ahora en que los discípulos del Señor deben actuar. Es el mismo Cristo el que los llama. Como en aquel pasaje tan lleno de enseñanzas que recogen los sinópticos, que es conocido como el del “Endemoniado de Gerasa” (cf. Lc. 8:27-39; Mc 5:1-20 y Mt 8:28-34). En esa ocasión, luego de que el hombre que había estado apresado por Satanás, es exorcizado y sanado por Jesús, sucede lo inesperado. Los habitantes de Gerasa, a pesar de haber asistido a un milagro, le dicen a Jesús que se vaya de la ciudad: *todos los gerasenos pidieron a*

Jesús que se alejará de allí (Lc 8:37). No quieren a Cristo entre ellos. El Señor los escucha, no discute ni los violenta y se retira, respetando su decisión libre. Pero aún así, no los abandona, sino que velando por cada uno, incluso frente a su ingratitud, ha de dejarles un germen de evangelización. Un Testigo en medio de ellos, el endemoniado, ya convertido al Evangelio.

Antes de abandonar el lugar, Jesús vuelve su mirada y su atención sobre el hombre al que había salvado. No lo quita del mundo, de su mundo, sino que como era *un hombre de la ciudad* (Lc 8:27), le pide que permanezca allí, que es “su” lugar, para dar testimonio de Él entre los suyos, sus parientes, sus amigos y su gente. A este hombre que había recuperado ya su dignidad (*lo vieron sentado, vestido y en su sano juicio*, Lc 8:35), Jesús le encomienda que vuelva *a su casa, con su familia*, restituyéndolo a su propio hogar que el hombre había abandonado y le dice: *anúnciales todo lo que el Señor hizo contigo al compadecerse de ti* (Mc 5:19). Y retorna allí restaurado, no sólo en lo que era, un hombre, sino ahora como cristiano, que debe evangelizar su ambiente, su entorno hogareño, desbordándose por mandato de Cristo hasta llegar a anunciar el Evangelio a sus amigos, vecinos y conciudadanos: Él fue y proclamó en toda la ciudad lo que Jesús había hecho por él (Lc 8:39), incluso en toda la *región de la Decápolis*, que era un conjunto de diez ciudades. Termina el relato diciendo: *y todos quedaban admirados* (Mc 5:20).

El endemoniado de Gerasa es una imagen simbólica del fiel cristiano laico, de nosotros: un hombre de la ciudad que cae derrumbado por el peso de sus pecados y que sólo puede levantarse de su postración cuando acontece su Encuentro con Jesús, y que transformado testimonia a Cristo allí, entre los suyos. En su ambiente familiar y social, en donde la Providencia lo ha situado. ¿No seremos -cada uno con sus propios demonios personales- el endemoniado de Gerasa convertido al Evangelio y responsables de Anunciarlo en nuestros hogares y en nuestras ciudades?

Podemos santificar el orden temporal y ofrecerlo a Dios restaurándolo ‘en Cristo’, pues en Él vivimos. Lo restauramos un poco cada día, comenzando con el centímetro, el metro o la hectárea que se nos ha confiado a cada uno: nuestros lugares de

trabajo, donde desarrollamos nuestra vida. Ahí es donde ejercemos nuestra realeza y nuestro sacerdocio. Nuestro altar es la mesa de despacho, la oficina, la zanja que cavamos, los pañales que cambiamos, la cacerola que calentamos, la cama que compartimos con nuestro cónyuge. ‘Todas las cosas son vuestras -dice San Pablo-, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios’ -1 Cor 3, 22-23-. (Hahn, 2010, pp. 109-110)

Nadie puede decir que no tiene algo para hacer. Todos lo tenemos. Y nunca es tarde para comenzar o retomar la tarea (Cf. Mt 25:14-30, que relata la Parábola de los Talentos). El Señor siempre llama a la misión: *Alrededor de las cinco de la tarde volvió a la plaza, y encontró en ella a otros que estaban desocupados. Les preguntó: ‘¿Por qué están ustedes aquí todo el día sin trabajar?’ Le contestaron: ‘Porque nadie nos ha contratado’. Entonces les dijo: ‘Vayan también ustedes a trabajar a mi viñedo’* (Mt 20:6-7). La “plaza”, es el espacio público, el “viñedo” del Señor, es también la ciudad de los hombres. Nuestra ciudad, nuestro país: *Cualquiera sea el trabajo de ustedes, háganlo de todo corazón, teniendo en cuenta que es para el Señor y no para los hombres... Ustedes sirven a Cristo, el Señor.* (Col 3:23-25). Dice Newman:

¿Para qué se dan los talentos, podría preguntarse, si no para usarlos? ¿Qué son los grandes dones si no correlativos a las grandes obras? No nacemos para nosotros mismos, sino para nuestra especie, para nuestros vecinos, para nuestro país: es egoísmo, indolencia, meticulosidad perversa, afeminamiento, y no virtud o elogio, sepultar nuestro talento en una servilleta, y retornarlo al Dador Todopoderoso tal como lo recibimos. (Newman, 2015, p. 302)

5.- Edificar la ciudad temporal, como reflejo de la ciudad eterna

Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas (Sal 127:1)

El Señor nos ha llamado a dar testimonio de Él en la ciudad. Somos los centinelas del Evangelio, convocados para proteger la sociedad: “El vigía está en un lugar alto no para apreciar mejor el paisaje sino para cuidar la ciudad” (Shaw, 2022, p. 76). Conscientes “que no existe verdadera solución para la ‘cuestión social’ fuera del Evangelio y que, por otra parte, las ‘cosas nuevas’ pueden hallar en él su propio espacio de verdad y el debido planteamiento moral” (San Juan Pablo II, *Centesimus Annus*, n° 5), debemos persuadirnos que para que el apostolado en el medio social sea eficaz, es necesario que junto a una intensa vida espiritual, se respalde en un serio itinerario de estudio que dé paso a iniciativas que permitan diseñar y encarar proyectos concretos al servicio de la ciudad y su gente. A esa tarea queremos servir desde *Filópolis en Cristo*.

Es imprescindible llevar adelante una tarea de formación, de esclarecimiento y al mismo tiempo de concertación. Las horas por las que atraviesa nuestro país requieren del esfuerzo serio y sincronizado de todos aquellos que desde su lugar en la sociedad están librando batalla por *instaurar todo en Cristo*. (Sacheri, 1968, p. 67)

Una última reflexión en torno a esta meditación sobre el apostolado social “en Cristo”. Nuestro empeño por edificar la ciudad en el espíritu del Evangelio, que es Jesús, no se clausura en la inmanencia de la historia, sino que es preparación y preludio de la Vida definitiva, a la que nos llama Dios, nuestro Padre: *Busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura* (Mt 6.33). En efecto, sabemos que “no tenemos aquí abajo una ciudad permanente, sino que buscamos la futura” (Hb 13:14), porque “nosotros, de acuerdo con la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, donde habitará la justicia” (2 Pe 3:13). Los creyentes saben que como a “Abraham”, que “esperaba aquella ciudad de sólidos cimientos y cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Heb 11:10), también a ellos “Dios les ha preparado una ciudad” (Heb 11:16). Animado en la convicción que “toda casa tiene su constructor y el constructor de todas las cosas es Dios” (Heb 3:4), el impulso apostólico por cristianizar el orden temporal tiene como anhelo permanente que la ciudad

temporal sea reflejo de la ciudad eterna, donde nos aguarda Dios para el Gozo definitivo. Enseña el magisterio:

La nueva Jerusalén, la Ciudad Santa (cf Ap 21:2-4), es el destino hacia donde peregrina toda la humanidad. Es llamativo que la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia, se realiza en una ciudad. (Francisco, *Evangelii Gaudium*, n° 71; cf. Benedicto XVI, *Spe Salvi*, n° 4)⁵

Recapitulamos. El apostolado social en Cristo, al cual estamos convocados, es una consecuencia necesaria de nuestras convicciones y de nuestra Fe. Fe que no es sólo un saber teórico, que nos alejaría de las realidades cotidianas, sino también amor concreto, porque “la caridad de Cristo supera todo conocimiento” (Ef 3:19). Cada día trae su afán y nos brinda ocasiones abundantes para hacer el bien a aquellos con los que compartimos los vaivenes de la vida en nuestros hogares, trabajos y vecindarios. No necesitamos alejarnos hacia remotos y desconocidos lugares para llevar adelante nuestro apostolado social: “No hagas tantos discursos sobre la sequía en Etiopía, el maremoto en Bangladesh o la violencia en América Latina, y mira a Cristo abandonado y subdesarrollado cerca de ti o a las puertas de tu casa” (van Thuân, 2007, p. 25).

Configurados con el Señor y amando a nuestros prójimos como a nosotros mismos por amor a Jesús, podremos gozar de Su amistad, porque “alguien es amigo de Cristo en la medida en que tiene caridad” (Santo Tomás de Aquino, 2005, p. 62). Amor a Dios que se expresa también en relación con los hombres, porque *¿cómo puede amar a Dios a quien no ve el que no ama a su hermano a quién ve?* (1 Jn 4:20), y que se dilata cada vez más en el ejercicio de la caridad familiar y de la caridad social, para alcanzar su plenitud en el orden temporal con la caridad que se despliega en el ámbito público abar-

⁵ Como expresa Wojtyła: “El hombre tiende a Dios, su fin último. Camina hacia la Ciudad Santa (cf. Sal 122 -121-:1-4; Is 2:2-5; 35:10), hacia el Santuario, que sólo para él resulta accesible. La dimensión de lo ‘sacrum’, los valores ‘sacrales’: he aquí la esfera más alta y definitiva de la vida humana y al mismo tiempo la esfera de la más plena autorrealización del hombre” (Wojtyła, 1979, p. 198).

cando a todos los miembros de la sociedad (cf. von Büren, “La caridad política, testimonio cristiano en la ciudad”, 2023).

Como enseña el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, en su n° 32: “El mandamiento del amor recíproco traza el camino para vivir en Cristo la vida trinitaria en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y transformar con Él la historia hasta su plenitud en la Jerusalén celeste”. Y ello podremos lograrlo con un espíritu magnánimo y generoso sostenido en una sólida vida interior,

Y por un estudio y una acción realizadas a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, doctrina práctica, guía de la acción de los responsables sociales y políticos en todos los niveles y en todas las actividades del cuerpo social. (Sacheri, 2014, p. 72)

Nuestra Madre, la Virgen, enterada del embarazo de su prima Isabel, no duda un instante en correr caritativa y prontamente en su ayuda: “María se puso en camino y partió sin demora a una ciudad de la montaña de Judá” (Lc 1:39). Sigamos el ejemplo que nos da María, que “se levantó”, “entró en la ciudad” y “caminó” por ella para “edificar” en la caridad de Cristo. Así seremos merecedores de la promesa del Señor: “Ustedes serán felices, si sabiendo estas cosas, las practican” (Jn 13:16). Sólo de ese modo podremos decir con sinceridad: “Todo lo hago por amor al Evangelio” (1 Cor 9:23) y nuestra vida se asemejará a la de aquellos cristianos de las primeras comunidades que “*se pusieron en camino para servir a Cristo*” (3 Jn 7). Puestos manos a la obra,

*Realizando la verdad en el amor,
hagamos crecer todas las cosas hacia Él,
que es la cabeza: Cristo (Ef 4:15)*

Ricardo von Büren
Director *Filópolis en Cristo*
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
ricardo.vonburen@unsta.edu.ar

Referencias

- Benedicto XVI. (2007). Discurso Inaugural en Aparecida https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2007/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20070513_conference-aparecida.
- Benedicto XVI. (2007). Encíclica *Spe salvi*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html
- Benedicto XVI. (2011). *Motu Proprio Porta Fidei*. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/motu_proprio/documents/hf_ben-xvi_motu-proprio_20111011_porta-fidei.html
- Calderón Bouchet, R. (1998). *La Ciudad Cristiana*, Ciudad Argentina.
- Concilio Vaticano II. (1965). Decreto *Apostolicam Actuositatem*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_sp.html
- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución pastoral *Gaudium et Spes*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Concilio Vaticano II. (1965). Constitución dogmática *Lumen Gentium*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html
- Congar, Y. (1965). *Ensayos sobre el misterio de la Iglesia* (trad. de Montserrat Serra Cantarell). Estela.
- El Libro del Pueblo de Dios* (versión de la Conferencia Epsicopal Argentina). (1990). https://www.vatican.va/archive/ESLO506/_INDEX.HTM
- Esquiú, M. (2022). *Obras de Fray Mamerto Esquiú. Sermones, tomo I. Ágape*.
- Esquiú, M. (2022). *Obras de Fray Mamerto Esquiú. Sermones, tomo II. Ágape*.
- Francisco. (2013). Encíclica *Lumen Fidei*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20130629_enciclica-lumen-fidei.html
- Francisco. (2013). Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/

- documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Francisco. (2023). *Curar el mundo junto a Jesús*. Catequesis sobre -la Doctrina Social de la Iglesia (Agosto-Septiembre 2020), Editorial UNSTA.
- Francisco. (2023). Catequesis del 29/11/23: “La pasión por la evangelización: el celo apostólico del creyente. 28. El anuncio es para hoy”. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2023/documents/20231129-udienza-generale.html>
- Hahn, S. (2010). *Signos de vida. 40 costumbres católicas y sus raíces bíblicas* (trad. de Marcelo Escutia). Rialp.
- Hahn, S. (2014). *La alegría de Belén* (trad. de Elena Álvarez). Rialp.
- Iglesia Católica. (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica*. https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html
- Newman, J. H. (2022). En el mundo pero no del mundo. En J. H. Newman, *Sermones Católicos* (trad. de Fernando María Cavaller) (pp. 295-313). Ágape.
- Palumbo, C. (1982). *Cuestiones de Doctrina Social de la Iglesia*. Cruz y Fierro.
- Petit de Murat, M. (2021). *Teología de la Historia*. Editorial UNSTA.
- Pontificia Comisión Justicia y Paz. (2004). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html
- Sacheri, C. A. (Julio de 1968). Estudiantes, ¿qué hacer? *Verbo*, 82, 61-67.
- Sacheri, C. A. (2014). Relativismo y vida social. En C. A. Sacheri, *Orden social y esperanza cristiana* (pp. 49-73). Escipión.
- San Juan Pablo II. (1991). Encíclica *Centesimus Annus*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_01051991_centesimus-annus.html
- San Pío X. (1958). Encíclica *Notre charge apostolique*, en *Documentos Pontificios. Tomo II: Documentos Políticos*. BAC.
- Santo Tomás de Aquino. (2005). *Catecismo tomista* (trad. de Alfredo Sáenz) (2a. ed.). Gladius/Vórtice.
- van Thuân, F. X. (2007). *Peregrinos por el camino de la Esperanza* (trad. de Manuel Ordóñez Villarroel). Monte Carmelo.

- von Büren R. (2023). Presentación. *Filópolis en Cristo*, 1, 1-12. <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/951/1113>
- von Büren, R. (2023). La caridad política, testimonio del cristiano en la ciudad. *Filópolis en Cristo*, 1, 37-68. <https://revistas.unsta.edu.ar/index.php/FEC/article/view/953/1116>
- Wojtyla, K. (1979). *Signo de contradicción. Meditaciones* (trad. Vicente Manuel Fernández Hernández). BAC.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional